
Las promesas del psicoanálisis en la cultura de masas

Hugo Vezzetti

Historia cultural, historia de las ideas e historia de la vida privada

Es sabido que lo "privado" tiene diversas significaciones. La cosmovisión burguesa moderna lo opone a los poderes del estado: lo privado se funda ante todo en el "interés" que emana de la primacía del *individuo* y sus libertades, constituido en actor fundamental de la escena social; en ese sentido el interés privado funda la sociedad civil como opuesta al estado. Otra acepción de lo privado lo opone a lo *público* y, en ese sentido, se separa y se distingue de ese espacio común de acción y, sobre todo, de manifestación y *exposición* en el espacio social. Ahora bien, es claro que puede haber modos diversos de entender esas zonas retiradas de la escena abierta y expuesta de la vida colectiva. El concepto de lo privado que interesa destacar para el presente trabajo parte de aquello que, en principio, no se exhibe ni se muestra, y se corresponde con una dimensión de repliegue en la intimidad que encuentra una raíz fundamental en la vida de los afectos, en los vínculos primarios de la vida familiar y en el despliegue de la vida amorosa. El *ámbito íntimo*, entonces, incluye tanto el orden de la vida familiar y doméstica como la esfera de los afectos y es un espacio que, ante todo, se define por la separación y, aun, la oposición al mundo del trabajo, de la política y la vida social. Freud veía en el acto sexual el prototipo de la situación humana que funda la *privacidad* y que rechaza la socialidad propia del grupo social extenso.

Ahora bien, si puede hablarse de *historias de la vida privada*, en el sentido mencionado, es porque se admite que las conductas, los afectos y deseos, las fantasías y representaciones que pueblan el mundo personal, no responden a una naturaleza humana más o menos invariable, sino que cambian y se transforman en el tiempo, así como cambian, en la vida social, las técnicas de producción, las instituciones políticas o las formas en el arte. Inmediatamente se advierte una dificultad de base. En efecto, si lo privado íntimo es lo que no se exhibe y, en general se corresponde con los componentes *secretos* de la existencia personal ¿dónde encontrar fuentes accesibles, registros confiables y contrastables de una dimensión de la experiencia personal más o menos intransferible? Y, sobre todo ¿cómo evitar que la primera persona del historiador (y sus propios hábitos y fantasmas privados) adquieran un papel decisivo en la configuración de los sentidos de esa experiencia? En fin, si hoy tiende a admitirse que en toda escritura histórica hay una dimensión de narración que no puede excluir el punto de vista del narrador, pocos géneros como el de la vida privada, cuando se refieren a un mundo más o menos cercano y familiar al del historiador, se prestan a la superposición de la historia con el autoanálisis y la autobiografía.

Es claro que es posible (y es lo que generalmente se hace) explorar el corpus de ideas, representaciones y valores que, en un período y en un grupo dado, se refieren a los tópicos de la intimidad: afectos y emociones, sexualidad, vínculos primarios, incluso fantasías y aspiraciones. Pero es igualmente claro

que si lo que se busca rescatar es la experiencia personal en su dimensión más singular, es decir, si se trata de aprehender una "historia vivida" antes que una serie de acontecimientos o un conjunto de significaciones establecidas, hay en esa historia algo de irrepetible e inalcanzable. En efecto, no puede sino incursionar en sus "objetos" desde el testimonio único de los sujetos involucrados, a partir de relatos que descubren su sentido al mismo tiempo que se cuentan. ¿No es el psicoanálisis, más propiamente la situación de la cura la que proporciona a nuestro tiempo el paradigma de una historia absorbida (interminablemente dice Freud) en la captura de lo más singular de la existencia propia? Como sea, la empresa misma de un examen de la privacidad, que se ha constituido en un giro innovador en la historiografía contemporánea, no puede separarse en nuestro tiempo de las aventuras del freudismo proyectado, más allá del diván, sobre las complejidades de la vida personal y colectiva.

Foucault se preguntaba (y proyectaba al futuro un extrañamiento irónico) por esa extraña pasión de nuestro tiempo que nos impulsa a asociar el saber y la confesión en una voluntad de verdad que no se reduce a la verificación objetiva y que sólo puede ser el resultado de un descubrimiento en el que el propio sujeto se pone en juego y se transforma. Pero también podría decirse, desde la óptica de una disciplina histórica que debe ampliar conjuntamente sus objetos y sus fuentes, que en los registros diversos de la práctica de los psicoanalistas, en sus anotaciones, historiales y grabaciones (la mayor parte de lo cual no se ha publicado ni se publicará) reside lo que probablemente sea el mayor acervo de fuentes históricas sobre la vida de nuestro tiempo, en el terreno de la subjetividad personal, a la vez que un material insustituible para estudiar la formación propiamente cultural de esa experiencia de la "intimidad".

En síntesis: sólo es posible un estudio indirecto de los temas marcados por la privacidad y no hay interioridad que no comunique con los marcos colectivos de formación de una experiencia; y en la experiencia contemporánea de la vida íntima la implantación cultural del psicoanálisis parece haber jugado un papel esencial. En efecto, la disciplina freudiana parece ofrecer para nuestra intelección un horizonte de significaciones difícilmente superable: la primacía y las determinaciones de lo inconsciente, el peso de la infancia y los vínculos tempranos, las figuraciones interminables de los lugares de padre y la madre, en fin, el dominio del pasado y del recuerdo en las formaciones del deseo y los disfraces y desvíos de la represión.

A partir de aquí, se abre la cuestión del encuentro posible de los saberes del psicoanálisis con el género de la historia de la vida privada. La historia de las ideas y de las representaciones culturales, trabajando con fuentes discursivas diversas (literarias, ensayísticas, médico-científicas, periodísticas) y con narraciones autobiográficas y memorias, ha producido un volumen considerable de descripciones y análisis que se refieren a zonas replegadas de vida individual y familiar. Frente a esa producción, más de una vez ha sido planteada la pregunta por la eficacia de las ideas y representaciones en la formación y transformación de costumbres y actitudes. Por ejemplo, ¿hasta qué punto el imaginario amoroso de la novela sentimental, ampliamente desplegada en los años veinte, impactaba en un sentido formativo en la vida erótica de sus lectoras? No es fácil aportar una respuesta definitiva acerca de las complejas relaciones entre la dimensión imaginaria y el orden de los hábitos y las conductas manifiestas. Seguramente, no hay un modalidad única en esa relación entre los tópicos de la literatura amorosa y los

comportamientos habituales. Si, en general, puede pensarse que permanecían separados, entre la formación imaginaria, globalmente estética, y las constricciones de la vida cotidiana; en otros, es posible que alimentaran reclamos y conflictos, generalmente del lado de la mujer, que aparece como el sujeto consumidor por excelencia de esa literatura. En todo caso, puede suponerse que alimentaban una mayor -o distinta- complejidad y conflictividad en la vida de pareja.

En líneas generales, se admite que una historia de las "mentalidades" y la subjetividad no responden a la misma temporalidad que la historia social o la historia política. En la historia de la familia, la pareja o la vida erótica se trata de un tiempo lento, repetitivo, propiamente *resistente* a la innovación que puede contemporáneamente imponerse en el discurso o las ideas. Si esto es así, es preciso ser prudente frente al discurso o la sensibilidad del cambio, allí donde tiende a presentarse como una revolución en las costumbres y las actitudes privadas. Si se piensa en el tópico de la "revolución sexual" de los '50 y los '60, que parece arrasar en un período breve las pautas propias de la moral sexual y las prácticas de las parejas, no puede evadirse una consideración de lo que se sitúa más allá de los cambios manifiestos. Y si el psicoanálisis tiene razón, si es en el pasado, la infancia y la memoria donde reside la raíz básica de la vida erótica, la constatación de los cambios manifiestos en las costumbres plantea, antes que un giro que rompe con el pasado, la indicación de un espacio irreductible de conflicto entre el presente de las nuevas actitudes y conductas y el peso de una memoria conformadora de la sexualidad más conservadora y reacia a las innovaciones. En ese sentido, los historiales psicoanalíticos (si algunas vez estuvieran disponibles para un estudio histórico-cultural) ofrecerían más de una ilustración de esas resistencias y de los desajustes entre la conformación de una sexualidad construida desde el pasado infantil y los cambios manifiestos del discurso y las prácticas culturales.

Pero, entonces, ¿hay que admitir un fondo inmodificable, universal (tal como lo quería Freud) por detrás de las variaciones manifiestas? En todo caso, entre una representación ahistórica de la vida amorosa (de la que los psicoanalistas no se privan y que motivó en el pasado las polémicas con la antropología cultural) y la visión simplificada que la reduce a ser simple eco e "interiorización" de los cambios culturales, hay un ancho campo para un análisis dispuesto a admitir que se trata, siempre, de un terreno caracterizado por una transacción, una "formación de compromiso" en la que el peso de lo menos modificable del pasado encuentra los modos de mantenerse en el mismo movimiento en el que los cambios imponen nuevas significaciones. Se trata, entonces, de una historia de continuidades y de transformaciones, aun cuando el relato tienda a destacar lo que cambia, dado que no hay historia sino de lo que cambia.

Admitamos que las representaciones y las formas de la vida familiar constituyen un componente básico fundamental de la mentalidad de una época. No sólo por el lugar mismo de la familia en la construcción del entramado social, sino porque es en el ámbito de los vínculos primarios donde se forman, siempre conflictivamente, los patrones de la vida afectiva y sexual junto con las bases de la moralidad, tanto de la que se despliega en la vida de relación como la que se esconde en las experiencias más recónditas. Ahora bien, es claro que una historia de la familia enfrenta un campo de problemas complejo y, en principio, diversificado entre la *institución* situada de cara a la comunidad (y sobre la cual, en nuestra época se despliegan diversas

estrategias públicas de presión y "normalización": escuela, dispositivo médico y psicológico, políticas estatales, discurso de los medios) y el reducto replegado sobre una *intimidad* que destaca la importancia (y la legitimidad) de los deseos, los afectos y la libertad de opción y realización personal. Basta pensar en el modo como en nuestro tiempo han quedado deslegitimados los "matrimonios de conveniencia" y se ha entronizado al amor sexual como un ingrediente fundamental en la formación y preservación de la pareja matrimonial.

Es evidente que desde los años veinte, por lo menos, se producen cambios palpables en las ideas y representaciones sobre el amor, la pareja y la vida familiar. Es claro que esos cambios se acompañan de transformaciones en la vida y la conducta familiar que tienen como condición los cambios en la sociedad: G. Germani hablaba, refiriéndose a la Argentina moderna, de la "transición", desde una sociedad tradicional a una sociedad urbana y de masas en un sentido que aludía a la vez a la dimensión "objetiva" y "subjetiva" de esos cambios. Y contrariando la visión simple de un conjunto que se transformaba armónicamente, admitía desajustes y retrasos: las nuevas formas familiares convivían conflictivamente con formas más tradicionales del autoritarismo patriarcal y las formas de subordinación de la mujer en la familia. Ahora bien, en ese ciclo modernizador aparece cierta exhibición paradójica de los tópicos de la "intimidad" (del erotismo y la vida sentimental) situados en el centro de un interés extendido: literatura sexológica, novela sentimental, presencia en los medios y, en especial, en el nuevo tipo de publicaciones que se dirigen explícitamente al público femenino. En algunos de esas publicaciones lo más personal viene a ser objeto de una *confesión* pública en algunos medios de comunicación, una exposición incitada por el dispositivo del *consultorio epistolar* dirigido por un consejero que se presentaba como "psicoanalista".

La función del médico consejero que se dirigía a la familia, en particular a las *madres*, mediante folletos (como el *Libro de las madres* de Gregorio Aráoz Alfaro) y desde los medios de comunicación, para prevenir males físicos y, a veces, morales, había formado parte en la Argentina, desde principios de siglo, de las tareas del higienista. Me interesa explorar un conjunto de transformaciones que acompañan la instalación de una figura popular de "psicoanalista" en un lugar que en parte reemplaza al del higienista y en parte inaugura, del lado del "experto", un nuevo polo de enunciación y recepción de un discurso de la intimidad sentimental. Al mismo tiempo, y sobre todo, me interesa destacar la aparición de un sujeto de enunciación distinto: el de los lectores (generalmente lectoras) que hacían escuchar sus demandas o el relato de sus sueños. Se destaca así la emergencia de un *yo sentimental* que se sostiene en un régimen de verdad que ya no es el de las funciones naturales o las obligaciones sociales y morales (que fundaban la legitimidad del discurso higienista, desde la exterioridad de la *ciencia*), sino el de las razones de los afectos y la verdad del corazón. Sin embargo, como se verá, no se trata de un cambio brusco sino de un desplazamiento que incluye transacciones y mezclas entre lo viejo y lo nuevo. En todo caso, más que el imaginario de la vida sentimental, cambian las condiciones de enunciación de un orden de la *pasión* que expone una interioridad habitualmente escondida; y aun sostenida en los mismos tópicos, produce una *narración verdadera*, que sólo puede confesarse en primera persona. De modo que, paradójicamente, las peripecias de la intimidad se revelan (y de algún modo se legitiman) a través de esa exposición pública que pone en evidencia que en la *confesión* también opera una construcción social o, más bien, que combina la construcción social y la individualización, la uniformidad y la singularidad personal.

El consultorio del psicoanalista en el diario Crítica

Una de las vías de la expansión de un *psicoanálisis popular*, integrado a la cultura de masas, ha sido la incorporación periodística del "consultorio del psicoanalista", una sección en la que se responde a relatos personales o pedidos de consejo del público. Y aun cuando algunas de las cartas no provinieran del público sino de redactores de las propias publicaciones, aportan un material ilustrativo acerca de los tópicos y los problemas en los que comenzaba a difundirse la intervención posible de cierto saber del freudismo. El primer consultorio de ese tipo aparece en *Jornada* el diario de Helvio Botana que reemplazó a *Crítica* cuando éste fue clausurado por la dictadura de Uriburu en 1931. *Psicoanálisis por Freudiano* se llama la sección, publicada desde agosto de 1931 hasta comienzos de 1932, durante unos siete meses, cuando el diario tenía una tirada diaria de alrededor de 300.000 ejemplares. Luego de su detención Botana y su mujer abandonan el país en agosto de 1931, es decir pocos días después de la aparición de *Jornada*. De modo que esa incorporación del freudismo se produce en momentos en que no es Botana quien está al frente del diario; y en un momento en el cual, ante la persecución sufrida, el periódico opta por ocuparse menos de la política nacional y por aumentar el espacio dedicado a otras secciones de interés general, notas de color y deportes. Durante los meses en que tuvo cabida en el diario, la sección ocupaba un lugar destacado; al principio era semanal y abarcaba cuatro columnas, sin un lugar fijo, aunque a veces ocupaba la primera plana del diario; luego se publicó quincenalmente y se redujo a dos columnas. Finalmente, "Freudiano" desaparece en febrero de 1932 cuando Botana retoma la dirección y el diario vuelve a llamarse *Crítica*.

Es decir que si bien el proyecto general del diario, sobre todo su disposición a reflejar temas del mundo moderno, aportan el contexto para esa incorporación del psicoanálisis, el consultorio epistolar aparece en el preciso momento en que la política queda relegada y coincide con la incorporación de notas dirigidas a lo que en principio podrían considerarse intereses "privados", distanciado de la esfera pública y política. Y cuando Botana retoma la dirección y reintroduce la política, en el primer número de la segunda época, clausurado el consultorio de psicoanálisis, el diario se ocupa del caso Lugones (hijo) —el jefe policial a cargo de interrogatorios y torturas durante la dictadura de Uriburu— apelando a la psiquiatría tradicional, en un "estudio clínico", realizado por un profesor de la Facultad. La vieja psiquiatría de la herencia y la degeneración reemplazaba esa divulgación del freudismo que, por unos pocos meses, había encontrado un espacio y un público.

El psicoanálisis es presentado, en agosto de 1931, como la "moderna ciencia de interpretación de fenómenos del alma" y, lo más importante, queda sobre todo asociado a la interpretación de los sueños. De modo que la sección anuncia que responderá las consultas que reciba y solicita que le envíen relatos de sueños. Al mismo tiempo, incluye notas de divulgación que se ocupan de una presentación del psicoanálisis desde el punto de vista de su interés general y sus efectos posibles sobre la vida cotidiana: conflictos mínimos, malestares, actos fallidos. El psicoanálisis aparece, por una parte, como un dispositivo de autoconocimiento capaz de sacar a la luz deseos reprimidos, de revelar cierta interioridad oscura y ciertos rasgos ocultos del propio yo; y en ese sentido, la interpretación de los sueños es promovida a la posición de un camino directo para el conocimiento de una zona de misterio "que todos llevamos dentro", en la medida en que los sueños son "la manifestación del subconsciente en libertad". En principio, la visión popular del sueño promovida por el periódico

viene a coincidir con la concepción romántica de un inconsciente activo e impulsivo.

Por otra parte, ese acceso personal a través del periodismo de masas reemplaza la experiencia del análisis personal, de modo que la consulta por carta (y el acceso por parte del público a las consultas y los "análisis" publicados) se ofrece como una primera versión de un *psicoanálisis popular* y puede pensarse que aporta una cierta versión vulgar y corriente de lo que puede esperarse del especialista. Y si el psicoanálisis entra en el diario, una de las primeras cosas que se consigna es que se trata de despertar en el público un interés que ya se estaba manifestando en Europa y EE.UU.; es decir, se trata de actualizar y modernizar una zona de curiosidades y demandas del público que iba en una dirección semejante a la extensa difusión del freudismo que se produjo desde los años '20. Una expresión muy influyente de esa recepción popular de un psicoanálisis para todo público fue la biografía que Stefan Zweig dedicó a Freud y que se publicó en Buenos Aires en 1933. En ella el maestro vienés era presentado como un profeta del mundo contemporáneo y su obra representaba una revolución de las costumbres y los valores que venía a socavar la moral del disimulo, el rechazo del cuerpo y el aplastamiento del instinto. Para la visión progresista de Zweig el freudismo ofrecía los fundamentos de una nueva moral sexual fundada en la sinceridad, la camaradería de los sexos y la integración de la tradición racional ilustrada con un incremento de las libertades pulsionales. Es claro que la visión ofrecida por *Jornada* resulta bastante más ecléctica y moderada en comparación con esa caracterización nítida de Freud como un reformador moral que viene a liquidar la moral cultural tradicional. En todo caso, el perfil del profeta moral parece menos acusado que el del científico, el consejero médico y, sobre todo, el descifrador de los misterios que se esconden en el fondo del alma humana y que los sueños traen a la luz.

Veamos cómo responde el psicoanalista de *Jornada* al relato del sueño de una lectora que se identifica como "Aurora", de Capital:

"Soñó que había sufrido un accidente de automóvil pero se encontró de pronto paseando del brazo con un joven al que hace mucho tiempo no ve. Dice que a dicho joven lo conoció en oportunidad de haber sufrido él un accidente que la obligó a hospedarse en su casa.

Su sueño ha realizado el deseo subconsciente de ver otra vez al joven aquel de quien está usted enamorada. El accidente de su auto es el que medió para conocerlo. Su imaginación ha vuelto sobre el mismo.

Usted desea ver al joven otra vez pero sin que él sepa nada. Que está enamorada de él lo demuestra al ser usted la que sufre el accidente. Por ser correspondida, usted sería capaz de cualquier sacrificio. Pero es usted casada. El sacrificio al que su sueño disfrazó de accidente no vale la pena, Aurora, de ejecutarlo. La mejor manera de disipar los malos pensamientos es ponerlos en evidencia. Esté segura que desde hoy no volverá a soñar con accidentes de autos"

Del lado de la lectora, parece claro que existe cierta condición de insatisfacción, la búsqueda de una revelación de sí que parece ser correlativa de ciertas aspiraciones de cambio individual cuyas claves deben buscarse en ese reducto máximo de interioridad que es el sueño. Por otra parte, más que las nociones o el argumento del drama amoroso, lo que aparece como novedoso es la *posición* de autoexposición de su deseo: lo más personal se

implanta en el discurso cultural justamente cuando se hace público y se confiesa al universo de los lectores.

Del lado del "psicoanalista de masas", es claro que lo que se ofrece es una amalgama entre el descifrador que posee la clave de interpretación de los símbolos (y las asociaciones) y el confesor que con su consejo respalda la moral del matrimonio y vuelve a poner las cosas en su lugar. Pero es importante considerar que la conclusión moralista que retrotrae el problema al registro de las obligaciones conyugales no cancela la otra función que admite la "verdad" de un amor que irrumpe más allá de las convenciones y las conveniencias. Finalmente, en la figuración disfrazada del amor adúltero pueden verse los signos de cierta crisis de las representaciones tradicionales de la institución familiar como aparato de obligaciones; es decir, una irrupción, del lado de la mujer, de un malestar amoroso que es, al mismo tiempo, un signo de una aspiración de cambio, en fin, un anhelo de libertad amorosa (que no siempre, hay que suponer, quedaba reducido a la escena del sueño o las fantasías) que se separa de los deberes de la vida conyugal y doméstica. En este punto, en todo caso, los *Ensayos sobre el amor* de José Ingenieros (que tuvieron una gran difusión en los '20), que no mencionaban al psicoanálisis, contribuyeron a legitimar el "derecho de amar" como contrario a la *domesticidad*, un derecho que era a la vez una afirmación de la libertad individual y de la fuerza de las tendencias sexuales de base instintiva.

La sección, entonces, era la vez un "consultorio" que establecía un diálogo peculiar con sus lectores (generalmente lectoras) a partir del relato de los sueños y un foro de divulgación del psicoanálisis, presentado como "la ciencia del 'porqué', aplicada a las manifestaciones del espíritu". Es claro que involucra al alma más que al cuerpo; en todo caso, las manifestaciones ocultas del alma, como una *ciencia de los secretos del yo*. Y el acento no está puesto en la patología, ya que el psicoanálisis, viene a decir "Freudiano", es un vía de indagación y una terapia del hombre y la mujer corrientes. Un sustento destacable del interés que despierta reside justamente en que se trata de la difusión de una psicología *desmedicalizada*, separada de la patología y de las tradiciones del manicomio. En ese sentido, el psicoanálisis se presenta, sobre todo, como una *práctica de narración* de sí mismo, ligada a ciertos procedimientos de lenguaje; de modo que si bien está revestido de la legitimidad de las ciencias, se ofrece como una medicina sin medicamentos y casi sin médicos. El sueño proporciona un terreno apto para esas dos dimensiones de la sección (la del consultorio de casos y la de la exposición divulgadora) en la medida en que responde a un relato personal (que sólo "Freudiano" recibe porque no se publica) y es un terreno ejemplar para revelar esa otra dimensión del yo que debe ser explicada. El autor conoce la teoría freudiana del sueño como expresión de "deseos que no han podido ser satisfechos durante el estado de vigilia" y de la "represión" como un censura establecida sobre los actos "de carácter sexual". Esa exposición sirve de introducción para las lecciones divulgadoras acerca de nociones psicoanalíticas, pero también (en un sentido más cercano a la divulgación médica) nociones de la psiquiatría y la criminología.

Ahora bien, un rasgo destacado del dispositivo epistolar, instalado en un periódico que se dirige a decenas de miles de lectores, es que hace posible la expresión de la individualidad en medio de la masa anónima. En ese sentido, el caso de la expansión cultural del psicoanálisis muestra que las formas de implantación de la cultura de masas no conducen simplemente al borramiento del yo en la muchedumbre anónima. En las nuevas condiciones sociales y culturales, la relación entre el individuo y la colectividad no puede ser pensada

con los esquemas conceptuales simples que habían impulsado, desde Le Bon a Ortega y Gasset, el fantasma de las *masas* como un factor de degradación bárbara de la sociedad tradicional. Más aun, esa demanda de exposición personal responde en verdad a un dispositivo que *promete* a la masa una vía para salir del anonimato a través de la exposición del *yo profundo* que se expresa en el sueño. En verdad hay que decir que esa demanda ha sido generada a partir de una *oferta* integrada como un resorte central del moderno periodismo de masas: extraer a algunos pocos de la masa para convertirlos en protagonistas exhibidos en los medios. Y la expansión del psicoanálisis pop en la sociedad de los seres anónimos no puede separarse de los alcances de esa promesa: el saber y el procedimiento por el cual se alcanza a poseer un yo íntimo en el mismo movimiento por el que se busca conocerlo y confesarlo.

"Freudiano" como firma de autor probablemente esconde más de una pluma. En ocasiones es un descifrador que elude las formas típicas de la ilustración médica, en otras es un consejero bastante tradicional o un médico en función divulgadora. Lo más importante, en todo caso, es esa incitación a la búsqueda de una verdad que reside en los fondos del yo y que requiere de condiciones especiales de relajamiento de los controles de la razón. De allí el estímulo a exponer sin disimulos sueños, conflictos, fantasías y la exhortación a escribir francamente y sin temor a las palabras que se emplean. Pero el apego a cierta "regla" psicoanalítica termina allí; las respuestas a las consultas imparten toda clase de consejos sobre decisiones personales y actitudes ante los demás, cuando no se inclinan directamente por una recomendación de tratamiento.

En ciertos casos, desde la posición típica del psiquiatra divulgador, las notas toman a la familia (sobre todo a la madre) como objeto de intervención esclarecedora y preventiva. Y los problemas de la infancia en particular ofrecen la ocasión para diversos consejos. Por ejemplo, en "¿Qué le responderé a mi hijo?" (22/8/31) la respuesta aborda dos problemas conectados: por una parte, la curiosidad sexual infantil pone a prueba la actitud adulta frente a la sexualidad; al mismo tiempo, sirve para reiterar que las etapas y las experiencias de la niñez son determinantes en la formación de la personalidad del adulto. El tema de la disciplina y los castigos a los niños merece varias notas, en las que siempre se insiste en que no debe pegarse a los hijos, sobre todo porque las "huellas" en la mente de los niños no se borran nunca. En el mismo sentido, hay varias notas de divulgación y "profilaxis" psicológica dirigidas a las madres, las maestras y a quienes educan a niños y jóvenes. Ahora bien, tanto la centralidad de la infancia como la apelación a la responsabilidad de los padres sobre la salud psíquica y la educación moral de los niños constituían tópicos centrales de la tradición médica higienista, y en ese terreno "Freudiano" no ofrece nada nuevo. En todo caso, si la expansión del psicoanálisis en la cultura modifica (sin cancelarlas) las representaciones sociales sobre la salud de la infancia, es porque viene a alterar la trama de significaciones que permitían pensar la relación entre el niño y el adulto. La importancia concedida a las "experiencias infantiles" en la formación de la personalidad sitúa, de algún modo, la verdad psicológica del adulto en el niño que fue y que, en lo profundo, nunca dejará de ser. Y entre las promesas del psicoanálisis popular figura, en lugar destacado, el camino posible de una *reintegración* del niño, es decir de las pulsiones y la memoria de los afectos primarios.

Entre el discurso tradicional sobre la familia y las nuevas formulaciones que invocan a Freud se establecen variadas transacciones. Puede decirse, retomando la oposición que Ingenieros había establecido entre amor y

“domesticidad”, que en cuanto emergen las representaciones de la unidad familiar y su cortejo de obligaciones, el psicoanalista de *Jornada* reencuentra el lugar de enunciación, apenas modernizado, del viejo higienista. En cambio, cuando dominan las peripecias de la vida amorosa y los desordenes de la pulsión sexual, ofrece diversas fisonomías: a veces es un consejero sentimental, de rasgos más bien tradicionales, en otros ofrece un perfil más atípico. Por ejemplo, una nota sobre el complejo de Edipo y su papel en la vida amorosa viene a proclamar directamente que el “inquietante Edipo” ha reemplazado a Cupido en su función de elección del objeto amoroso (“Edipo versus Cupido”, 26/8/31). Al lado, entonces de intervenciones moralistas y tranquilizadoras para la moral matrimonial, el vocabulario psicoanalítico (por ejemplo, las referencias al narcisismo y al Edipo), viene a establecer que el amor sexual constituye un territorio que escapa al control de la razón y el cálculo; y correlativamente a destacar el papel del psicoanalista como aquél que posee el saber y las claves de acceso a ese territorio desconocido. Finalmente, como consejero, “Freudiano” tiende a devolver una visión optimista de los problemas que se le plantean y generalmente ofrece una esperanza a los amores contrariados o a los conflictos afectivos, en general en el marco de las convenciones morales.

El público, entonces como ahora, tiene inclinación por ciertas formas simplificadas del autodiagnóstico psicológico y a ello responde la sección (en más de una nota) con la exposición de las “constituciones psicopáticas, o sea la ubicación prefijada en una grilla de clasificación, que pretende responder a la pregunta: “¿Qué soy yo?”. Como sea, la visión que ofrece de la psiquiatría contiene una mezcla de ideas renovadoras y enfoques tradicionales, aunque, en general, tiende a enfatizar el papel de los componentes psíquicos en desmedro de la visión apegada a las tesis biológicas y hereditaristas. Es claro que sección no responde a la difusión de la psiquiatría establecida en las cátedras y los hospicios. En una nota titulada “Psiquiatría y Psicoanálisis”, por ejemplo, contrasta la psiquiatría pre-freudiana y la post-freudiana: mientras que la primera se dedica a clasificar e internar a los alienados”, la “psiquiatría psicoanalítica” investiga los “por qué”, previene y busca los orígenes. Y el alejamiento de la psiquiatría manicomial es explícito en el relieve que alcanza el tema “moderno” de las *neurosis*, definidas, además como “un fracaso de adaptación”. En la misma dirección, en una nota sobre la delincuencia es claro el cambio de enfoque con respecto a la visión de la criminología positivista: en todo delincuente hay una historia que data de la niñez.

Más allá de esa diversidad temática el interés predominante es por la divulgación del psicoanálisis. El diario publica una entrevista realizada al profesor francés George Dumas, quien había dictado conferencias en Buenos Aires en esos días (25/8/31). Y pese a que Dumas es, sobre todo, un psicólogo muy destacado y autor de una obra monumental en la materia, la entrevista trata exclusivamente de la disciplina creada por Freud. Lo más destacado es el reconocimiento del impacto del psicoanálisis en la sociedad y su “importancia para la masa popular”, como “una especie de nuevo sistema moral”. Y es claro que el freudismo (en una dirección concordante con la biografía citada de Stefan Zweig) es concebido como un saber adecuado para la reforma colectiva, en particular por la aplicación posible a la reforma de la educación infantil. La proyección del psicoanálisis a la transformación educativa, nuevamente, se sostiene en la importancia de la primera infancia para la futura salud psíquica, que es el núcleo que queda destacado de las tesis freudianas sobre el desarrollo psicosexual. Y es notable que en el diálogo con Dumas la iniciativa de publicar una sección periodística dedicada al psicoanálisis sea concebida

como el correlato de una obligación de la sociedad: "el pueblo está en el deber de conocerse a sí mismo", afirma el profesor parisino y es en nombre de un ideal ilustrado de conocimiento extendido que encuentra su justificación la empresa de llevar la ciencia a las masas.

Otras notas ofrecen un cambio de registro y se inclinan hacia una crítica social antimoderna: el problema contemporáneo residiría en un estado de neurosis colectiva que deriva de las modalidades del trabajo industrial y la vida de las ciudades. Como contraste, ofrece una visión idealizada (y muy vieja en la tradición del higienismo médico y psiquiátrico) de las virtudes del campo y las labores de la tierra. Pero, en todo caso, si domina en los textos una intención *moral*, lo menos que puede decirse es que coexisten marcos valorativos divergentes. Es claro, como se vio, que domina una visión tradicional en el tratamiento del tema matrimonial; y sin embargo, en las representaciones sobre el amor emerge aquí y allá cierta reivindicación del "deseo natural" y el instinto, de un modo que no coincide con el consejo moralista que simplemente propondría contrariar las inclinaciones pulsionales; aunque a menudo termina recomendando la consulta al médico. Dentro de la mezcla resultante, lo más destacable es que el amor, enseña "Freudiano" (y en esto es bastante fiel al maestro vienés) es el prototipo de la felicidad y no se ajusta fácilmente a las convenciones: es evidente que quien escribe bajo esa firma ha leído *El malestar en la cultura* ("La felicidad a través del amor", 14/11/31).

Finalmente, si algo enseña la sección del diario de Botana es que la fuerza del instinto y de los poderes "misteriosos" del inconsciente deben ser reconocidos y respetados. No se trata de recomendar el autodomínio o la fuerza de voluntad para ahogar síntomas o rarezas:

"Casi todos se creen capaces de gobernarse a sí mismos.

Suponen que basta con la cacareada fuerza de voluntad para imponerse a los males sin saber que la voluntad ahoga manifestaciones que son benéficas porque significan la solución de un conflicto".

Lo mejor, recomienda, es consultar con un médico que sepa (y si no sabe, agrega, se dará cuenta por los resultados) (12/9/31). En todo caso, la sección expone la convicción general de que la conformación sexual propia no es casi modificable. En uno de los pocos casos de sexo masculino que consulta por problemas (no especificados) que involucran la identidad sexual, "Freudiano" actúa como un *psicoanalista salvaje* y le señala, sin muchos miramientos, que se angustia ante el temor a la pérdida de sus atributos viriles" y que posee un "temperamento feminoide" ("El tiempo le dirá", 12/9/31) Aunque no siempre emerge, cuando lo hace, el consultor que responde como un psicoanalista salvaje (que se diferencia del consejero sentimental o el higienista divulgador) establece al parecer la vía más clara y efectiva de recepción y difusión de un freudismo distinguible de las formas conocidas del consejo médico o sentimental.

Finalmente, como se vio, la sección desaparece repentinamente con el retorno de Botana, cuando el diario vuelve a llamarse *Crítica*. Y desde comienzos de febrero de 1932 aparece una sección de "Espiritismo, Ocultismo y Teosofía" que, podría decirse, viene a reemplazar la cuota de *misterio* antes ofrecida por la interpretación de los sueños. El redactor de la sección destaca la seriedad científica de esos estudios del mismo modo que lo había hecho antes con la disciplina freudiana. Pero el foco de curiosidad se ha desplazado desde el instinto y la vida erótica al conocimiento de la vida y, sobre todo, la comunicación psíquica más allá de la muerte. El reemplazo del psicoanálisis por el espiritismo (más allá de las circunstancias de esa decisión

que, muy probablemente tienen que ver con las preferencias personales de Botana y su esposa) supone un *relegamiento del individuo* y una exaltación de una experiencia del misterio y el sentido que se orienta en otra dirección: ya no la separación y la singularidad de los impulsos y deseos individuales sino la *unidad* y la comunicación con un orden de totalidad cósmico-espiritual

El psicoanalista de Viva Cien años

Hacia los '40 la figura del psicoanalista ha alcanzado una visibilidad social mucho más extendida que la de la comunidad de especialistas nucleada en torno de la Asociación Psicoanalítica Argentina, creada en 1942. Desde aproximadamente 1935 y por espacio de más de una década la serie popular *Freud al alcance de todos*, firmada por el "Dr. Gómez Nerea" fue publicada por la editorial Tor y vendió decenas de miles de ejemplares. Y cuando Freud murió, en 1939, el espacio que la prensa y diversas publicaciones dedicaron al acontecimiento mostraba que la figura del creador del psicoanálisis era unánimemente reconocida como uno de los grandes personajes del siglo XX.

A pocos años de la aparición del consultorio en el diario de Botana, la revista *Viva Cien años* incluye una sección semejante en la presentación aunque ofrece el perfil de un psicoanalista muy diferente. Desde sus comienzos se presenta como "la revista popular de la salud" y se publica desde noviembre de 1934 hasta finales 1949; es decir que responde a un proyecto de divulgación y difusión de largo alcance que se mantiene por espacio de muchos años, algo que contrasta con la efímera irrupción del psicoanalista en el diario de Botana. Según el testimonio de Arturo León López, su creador y director, alcanzaba una tirada de unos 30.000 ejemplares y se promocionaba con carteles callejeros; estaba asociada, por otra parte, a una "Librería de la salud" y una colección de publicaciones de divulgación, higiene y consejo médico.

Viva Cien años es básicamente una revista de higiene, y ofrece para nuestro tema una orientación dirigida a la vida de la familia y las complejidades de la pareja en el matrimonio moderno. Por una parte, hay una *medicina de la familia*, en la tradición de las intervenciones higienistas, que difunde los viejos temas de la prevención de la enfermedad, en particular las enfermedades infantiles y las enfermedades sociales: tuberculosis, venéreas, alcoholismo. Puede decirse que uno de sus postulados básicos sostiene la centralidad de la familia como sostén, como sujeto fundamental, de la salud y la moral colectivas. Concomitantemente, las cuestiones de la pareja matrimonial son encaradas sobre todo con un enfoque *eugenésico*, es decir, una atención destacada a las consecuencias de la herencia en la descendencia, de un modo que subordina las cuestiones de la sexualidad a los fines de la reproducción. Hasta aquí no habría casi nada nuevo y el marco general acentúa la visión del matrimonio y la familia como un *sistema de obligaciones*: hacia los descendientes y la especie y hacia la sociedad, la salud de la raza y la grandeza de la nación.

Sin embargo, en la medida en que la revista coloca los temas de los que se ocupa bajo la empresa de favorecer una *salud integral*, es decir física, emocional y moral, hay espacio para una consideración que incluye otras cuestiones, que dan cuenta de ciertos cambios en las representaciones de los *individuos* integrantes del grupo familiar. Y en la medida en que se trata de

mejorar la existencia de las personas, la cuestión de *felicidad* entra a jugar como un valor que excede los marcos tradicionales, puramente utilitarios, del saber médico. En principio, debe reconocer la importancia de la vida de los afectos y admitir que hay "malestares" que dependen de anhelos y demandas que no responden a la lógica de la salud corporal. Supone igualmente un creciente reconocimiento de conflictos que empiezan a llamarse "psicológicos" y que incitan a tomar en consideración el tema de la *personalidad*. "Tener una personalidad" sana, equilibrada y, sobre todo, autoafirmada es no sólo el correlato sino la condición de la salud del *cuerpo*.

De modo que frente al esquema de la medicina social que ponía el énfasis en la salud colectiva, en la especie o la familia como organismo natural (y que estaba bien presente en la revista), emerge con alguna fuerza el tema del *individuo* y sus rasgos únicos. Es claro, en un sentido, que esa apelación a la psicología mantiene una visión *naturalista*, en la medida en que comienza por concebir a la "personalidad" (que sería lo más propio del individuo) como una extensión de un cuerpo activo y saludable. Algo que resulta particularmente evidente en la aplicación a las nuevas representaciones de la mujer (que constituía el público mayoritario de la revista), y que se refieren al cuidado del cuerpo, la belleza física, incluso algunas armas de "seducción", como condición de una personalidad autónoma, activa y exitosa.

Vale la pena señalar que en esos años el *cuerpo* como objeto de saber y de intervención médicas emerge como un territorio atravesado por conflictos y significaciones que rompen con la visión mecanicista y "objetivante" de la medicina positivista. La medicina "científica" construyó una visión utilitaria del cuerpo como instrumento, es decir capacidad de *trabajo*, fuerza productiva entendida como energía pero también como habilidad y aptitudes específicas: es el cuerpo disciplinado en las prácticas de la fábrica y el cuartel del que se ha ocupado Michel Foucault; pero también es el cuerpo de la *orientación profesional*, uno de los ámbitos de constitución de una psicología práctica que empieza a desplegarse por esos años y que tiene su lugar en la revista. Paralelamente, emerge (en un proceso de larga duración) un *cuerpo expresivo*, que es sujeto antes que objeto, el cuerpo de la exhibición, la belleza y la seducción y que se constituye en un núcleo firme de la identidad personal. Por otra parte, esos cambios en las representaciones del cuerpo coinciden con un período de crisis relativa de la medicina tradicional y con el nacimiento de las cuestiones *psicosomáticas* y los debates sobre la psicoterapia y la psicología médica.

Ahora bien, para el discurso dominante en *Viva Cien años*, los "malestares" del cuerpo (inhibiciones, fealdades y deficiencias por desidia o ignorancia) son enfrentados ante todo como una lucha por la *conquista del carácter*. La sección "Consúltenos" (que es el antecedente directo de la sección de psicoanálisis, que aparece más adelante) recibe las inquietudes y malestares de un público (mayormente femenino) que ofrece síntomas que casi siempre son del orden de la timidez, las inhibiciones, los miedos y la depresión. En todo caso, el cortejo de los sufrimientos contenidos en esas cartas ofrece la imagen en negativo de los ideales de salud y equilibrio psíquicos promovidos por la revista; y el "psicoanalista" de *Viva Cien años* ofrece sus consejos, siempre en la misma dirección: *educar y fortalecer el carácter*. En su significación moral más tradicional, el *carácter* alude a un moldeamiento del yo consagrado al *deber* (y al honor) a través del sacrificio y, sobre todo, el autocontrol y, en ese sentido no se propone una consideración psicológica de la individualidad. Pero en la medida en que los redactores de la

revista incorporan la temática de la *personalidad*, es claro que el acento se desplaza de la moral a la psicología, es decir a una identidad que se funda en el yo profundo, en los impulsos y anhelos que constituirían el núcleo de la individualidad.

Desde febrero de 1941 (vol.X n.10) se incluye la sección fija *Un conflicto espiritual resuelto por el psicoanalista*; y el primer caso se refiere a los escrúpulos de un novio ante una mujer tres años mayor que él. La siguiente edición incluye un subtítulo suficientemente ilustrativo: "para vencer la timidez", algo que coincide, por otra parte, con varias notas referidas al problema de las depresiones. El psicoanalista de *Viva Cien años* es un consejero que sabe todo y que confía (a diferencia de "Freudiano") en la fuerza de la voluntad y en el valor vital general de una posición activa frente a la existencia. Ahora bien, el tema de la formación del carácter individual como un polo activo, autónomo, creativo incluso, en la lucha con el *medio* no era ajeno a la concepción de una psicología de base positivista. José Ingenieros, en sus *Principios de Psicología* había expuesto un sistema de psicología evolucionista en el que la noción de personalidad individual ocupaba un lugar muy destacado. En ese sentido, el esquema conceptual de los redactores de *Viva Cien años* mantiene una filiación naturalista evolucionista que remitiría, finalmente, a la función del individuo en la "lucha por la vida". Pero la psicología biológica concebía la formación del carácter (expresión de la personalidad) como el resultado una afirmación activa frente al medio social, cuyo paradigma, en todo caso, se encontraba en la función, mayormente masculina, de la transformación de la naturaleza; como tal, no se ocupaba de la familia. Puede verse la exposición mayor de una *psicología del carácter* en *El hombre mediocre* donde no hay ninguna mención del papel de la familia y la crianza en su formación.

Ahora bien, en la medida que el *carácter* (y no los sueños o los impulsos eróticos) constituyen el tema mayor de la psicología popular expuesta en la revista, puede pensarse con cierto fundamento que la inclusión del psicoanálisis es un equívoco y una atribución indebida; en ese sentido, puede pensarse que los consejos impartidos en nombre del psicoanalista (ni siquiera "salvaje") tienen poco que ver con la obra de Freud. Y sin embargo, si se atiende a las condiciones culturales de esa recepción popular no puede desconocerse lo que allí se revela en cuanto a los cambios en las representaciones sociales de la familia y, sobre todo, a esa focalización y "repliegue" sobre el grupo primario, algo que responde indudablemente a un ciclo de duración más larga. En todo caso, en cuanto se examinan las condiciones culturales de la implantación de un *psicoanálisis plebeyo*, salta a la vista que la historia de la familia moderna y el repliegue sobre el triángulo primario padre-madre-hijo constituye un capítulo ineludible de la historia de la recepción amplia de los nuevos saberes sobre el inconsciente y la sexualidad. Una historia cultural del freudismo encuentra sus condiciones (en el largo plazo) en los cambios en la familia, en particular en el surgimiento de nuevos tópicos, superpuestos y no necesariamente armónicos: crisis de la posición tradicional de la mujer, "psicologización" de las prácticas de la crianza y la formación del carácter y, más en general, de las funciones educativas de la familia. De ser un grupo natural y sede de la reproducción concebida bajo los principios de la herencia biológica (que responden a la especie y la raza) la familia pasa a ser concebida (y en alguna medida reconstituida) como grupo afectivo y un espacio primariamente educativo. Dicho brevemente, en ese ciclo de transformaciones que van de la *familia eugenésica* a la *familia psicológica* hay que buscar las condiciones más generales de una

popularización inicial de psicoanálisis, el que, por otra parte, adquiere la significación y el valor propios de la *nueva psicología*. Aun cuando en la revista la temática psicológica no es la predominante, parece claro que la cuestión de la "psicoterapia" y su eficacia aparece, ante todo, por la vía de los pedidos de aclaración y consejo de parte del público lector. En ese sentido, lo más destacado, en esa implantación extensa del nombre de Freud y de su disciplina, es el privilegio de los poderes de la voluntad. El psicoanálisis, en esta versión que lo concibe como la base de una psicología moral, se difunde especialmente como una *psicología práctica* que se diferencia claramente tanto de las representaciones de la medicina mental y el "médico de locos" como de los desarrollos de la psicología académica que ofrecía poco interés desde el punto de vista de los problemas y demandas de la gente.

Ese carácter práctico, es decir el psicoanálisis como saber y como técnica aplicable sobre uno mismo, es lo que lo diferencia nítidamente de los usos habituales de la medicina mental o la psicología educativa. Al mismo tiempo, es claro que en la revista los *usos* del psicoanálisis así concebido (y la atención dedicada a la *psicoterapia* en general) impulsan la idea y el valor de una "autoeducación psíquica", un movimiento de conquista de sí mismo que combina la autodisciplina y la afirmación individual. Y la importancia de la *infancia* (un tema característico del saber promovido por el freudismo) radica precisamente en que es el período de la vida en el que se forma el carácter y se fijan los rasgos psíquicos y morales del individuo. En todo caso, antes que como una disciplina de conocimiento, lo que se extiende es el modelo de una *tecnología del yo* (para usar un término de Michel Foucault), allí radica su perfil característico y su atractivo en una revista médica: se trata de un procedimiento que otorga al sujeto sufriente un lugar activo al menos en la iniciativa de exponer sus padecimientos.

Ahora bien, una referencia muy habitual se refiere al "complejo de inferioridad" de Alfred Adler, de modo que este psicoanalista nunca se presentaría como *freudiano*. Y claramente, los tópicos predominantes no se refieren al amor o la sexualidad sino a los modos de vencer la depresión. En esa "revista popular de la salud", el psicoanalista no desentona respecto del conjunto de los temas: la importancia de la salud física y el cuidado del cuerpo es una primera condición para vencer el espectro de las depresiones.

Veamos algunos ejemplos de los consejos del psicoanalista de *Viva Cien años*, en los que puede advertirse que, en general, responde a pequeñas crisis de las relaciones del ámbito de la intimidad, particularmente familiar. A una lectora que describe una vida monótona, de provincia, y expresa sus aspiraciones a probar una nueva vida en otro lugar, el psicoanalista le aconseja "ver la belleza a su alrededor" (XIV, n.8, 20/1/43). Situado en la posición de un confesor laico, ante todo transmite una confianza básica en la fuerza espiritual que reside en cada consultante y lo hace capaz de vencer los conflictos por la fuerza de su voluntad. Es claro que se trata de un discurso moral sostenido en valores genéricamente conservadores, aunque, paralelamente, incorpora una flexión moderno en la exaltación de un yo activo y autónomo capaz de vencer los obstáculos exteriores tanto como las restricciones *interiores*. Ese es el sentido de la gran campaña para derrotar la timidez. Finalmente, ese desplazamiento hacia la interioridad no cancela sino que se superpone (y establece diversas combinaciones) con la visión naturalista del higienismo. Por ejemplo, frente a la pregunta "¿Deben tener descendencia los matrimonios?", la respuesta destaca (como la revista en su conjunto) el valor de la vida, las obligaciones para con la especie y la defensa de la familia y la reproducción. Y en cuanto a las "alteraciones de la

vida sexual": se trata de reunir el tratamiento glandular con el de las motivaciones presentes en el "subconsciente", dado que, se afirma, los métodos psicológicos ayudan a "liberar la libido", etc. (XIX, n.4, 10/5/45).

El mismo grupo responsable de *Viva Cien años* edita la revista *Hijo Mío* desde 1936. En este caso, el ámbito general de la *puericultura* ofrece un marco para los problemas que convocan al saber (o el "consejo") de esa figura nueva del psicólogo (que es representado corrientemente como *psicoanalista*) en su papel divulgador. Y si bien los problemas de la niñez son conocidos desde antes, el mismo desplazamiento hacia la psicología contribuye a destacar ciertos temas que van a quedar incluidos, por mucho tiempo, en el género de la divulgación psicológica: crianza y formación inicial; pubertad y adolescencia, educación sexual.

El psicoanálisis y la imaginación amorosa: Idilio

A la luz de lo expuesto, parece claro que si hacia los '60 se hace visible una transformación bastante extensa de las representaciones de la subjetividad "íntima" (en los lazos afectivos de la vida familiar, los vínculos con los hijos y las vicisitudes de la vida amorosa) esos cambios requieren ser colocados en la perspectiva de una "duración" más larga, que se remonta, por lo menos, a las primeras décadas del siglo y que, en todo caso, exhibe sus consecuencias en esa presencia del psicoanalista en los medios de comunicación. En el caso de los nuevos discursos sobre la sexualidad en la pareja, por ejemplo, la expansión del *género sexológico* se remonta, por lo menos, a los '20 y viene a mostrar probablemente cambios en las costumbres sexuales que son bastante anteriores.

De modo que el impacto del freudismo sobre las representaciones de la vida pulsional y el imaginario familiar y erótico y, más en general sobre esa peculiar representación de la intimidad en el inconscientes que son los sueños y las fantasías, se sitúa en un proceso más largo y propiamente cultural. Hacia finales de los '40, como se vio, Freud y el psicoanálisis habían alcanzado una implantación extendida en la cultura de Buenos Aires. Y si se quiere buscar un indicador de la popularidad del *psicoanalista* como héroe moderno en el que se reúnen el médico y el sacerdote, el sabio y el detective del alma humana, vale la pena recordar al personaje de la historieta: "Darío Malbrán, psicoanalista" (que se presentaba como "la primera historieta semi documental de América") publicada en la revista *Aventuras*, desde aproximadamente 1948. El protagonista es un médico que además de atender pacientes con un encuadre más o menos psicoanalítico (incluyendo el diván) utiliza la hipnosis. Pero al mismo tiempo responde al perfil del detective que colabora con la policía en la aclaración y resolución de crímenes diversos; y su conocimiento de los caminos al inconsciente juega un papel determinante en el descubrimiento de los móviles. En líneas generales, las tramas revelan el impacto del cine de Hollywood, algo que se corresponde, por otra parte, con el contenido general de la revista que incluía en cada número una película adaptada al formato de historieta. Más precisamente, la ilustración de los sueños está inspirada en la célebre escenografía que Dalí había elaborado para *Spellbound* de Hitchcock, en 1945 (que en la Argentina se conoció como *Cuéntame tu vida*). En todo caso, las aventuras de Darío Malbrán revelan indirectamente el peso que la cinematografía norteamericana tuvo en la popularización del psicoanálisis en la Argentina y en el mundo.

En 1948 la editorial Abril de Buenos Aires inicia la publicación de la revista *Idilio*; presentada como "una revista juvenil y femenina", incluía como una novedad relatos sentimentales bajo la forma de fotonovelas (inicialmente traducidas de Italia); también publicaba notas concebidas según el estereotipo de las *revistas del corazón*: historias de amor, peripecias sentimentales de las estrellas de cine, consejos y remedios siempre referidos a la constelación de problemas de la belleza personal y los pequeños dramas (o felicidades) de la vida amorosa.

La mujer de *Idilio* es a la vez parecida y diferente de la de *Viva Cien años*. En principio, el mundo femenino de la "revista popular de la salud" giraba alrededor de los deberes de la maternidad y las exigencias de la vida conyugal, si bien lo hacía con la intención de modernizar tales funciones de un modo que reconocía en ellas la dimensión (tradicionalmente relegada) de los componentes psíquicos afectivos y ciertas aspiraciones a la felicidad individual. La mujer de *Idilio*, en cambio, parece vivir sólo en la esfera de los afectos y, sobre todo, de la magia y la aventura del amor; en ese sentido, la revista responde sobre todo a esa dimensión imaginaria (compensatoria, si se quiere) en la que casi no hay lugar para las obligaciones. Pero, al mismo tiempo, expande y profundiza esa imagen de un ser entregado a la fuerza de las emociones. En la hiperafectividad, en su condición básicamente emocional (que no se opone a cierta inteligencia basada en la intuición y el instinto) radica a la vez su debilidad y su fuerza, en todo caso su naturaleza radicalmente diferente de la del varón.

Ahora bien, desde el primer número, del 26 de octubre de 1948, la revista incluía (en un lugar muy destacado) la sección "El psicoanálisis le ayudará", a cargo del "Profesor Richard Rest". Y en la presentación se ofrecía una enumeración significativa de los tópicos en los que el psicoanálisis popularizado buscaba impactar en la comprensión (y la autocomprensión) de la vida personal:

"La felicidad en el amor, el éxito en el trabajo, la alegría y el afecto en la familia y en la amistad, es decir el fracaso o el éxito en la vida dependen sobre todo de nosotros mismos, de nuestro carácter".

Y más adelante:

"...¿cuántas veces confundimos el destino con algo que está en nosotros mismos —pensamientos, sentimientos—, de lo que no nos damos cuenta y que sin embargo nos impulsa a pensar, sentir y obrar de determinado modo? El psicoanálisis nos brinda el camino para conocernos a nosotros mismos, para descubrir aquellos complejos que, ocultos en lo más profundo de nuestra alma, son la verdadera causa de nuestra infelicidad".

Por una parte, los "temas" (amor, familia, trabajo, amistad) cubren casi completamente las áreas en las que se desplegaría, en la visión del autor de la presentación, una existencia personal orientada al logro de la *felicidad*; y tratándose de una revista dirigida a la mujer, es claro que ese imaginario de felicidad individual se separa de las obligaciones del orden doméstico. En segundo lugar, es claro que aun cuando la ayuda del psicoanálisis apunta a la revelación y la expresión de lo más íntimo e intransferible (expuesto en el sueño, en los recuerdos infantiles y las fantasías más frecuentes), la felicidad en cuestión no es un estado "interior" y no se separa de cierto valor de "éxito" que debe medirse en resultados socialmente tangibles: noviazgo y matrimonio, amistades, desempeño laboral. La incitación que inaugura la sección está dirigida explícitamente al público femenino:

"Queremos ayudarle a conocerse a sí misma, a fortalecer su alma, a resolver sus problemas, a responder a sus dudas, a vencer sus complejos y a superarse".

En ese sentido, ofrece una ayuda personalizada, una atención a la individualidad que sin embargo no queda librada a la expresión espontánea en la medida en que las cartas de las lectoras deben responder a un cuestionario bastante extenso que inquiriere sobre los primeros recuerdos infantiles, las características de padres y hermanos, deseos y aspiraciones infantiles, diversiones y amistades, fantasías, recuerdos feos y lindos, vida amorosa y, finalmente, los *sueños*: el más frecuente, el que ha causado mayor impresión y el último. La sección ofrece, entonces, un encuadre de apariencia científica (asimilable a lo que la psicología clínica postularía para una situación hipotética de entrevista, pero con un acento puesto en nociones psicoanalíticas) y contribuye indudablemente a presentar al psicoanálisis como el paradigma de una psicología clínica científica.

Al mismo tiempo, esa apelación a lo más personal adquiere un valor ejemplar que justifica la publicidad dada a la respuesta, dado que el elenco de cuestiones sometidas a interpretación y consejo (y que giran mayoritariamente sobre la vida sentimental, pero también sobre desajustes diversos de la vida familiar y laboral) resultan bastante representativas de los temas que poblaban la imaginación de las lectoras: dudas acerca de la propia capacidad de amar o acerca del amor que se recibe, dudas acerca de la propia estabilidad o madurez, confesiones diversas acerca de carencias afectivas en la niñez o la juventud, inseguridades, pensamientos o acciones incomprensibles, pequeños fracasos.

Ahora bien, si el tópico amoroso evoca inmediatamente el universo de la *novela sentimental*, hay algunos rasgos propios que merecen ser destacados. Por una parte, esa justificación que introduce el modelo de un conocimiento científico de la subjetividad, algo que viene resaltado por la incorporación del cuestionario y por la inclusión, a partir del número 2, de un pequeño recuadro titulado "Definiciones de la Psicología". A lo largo de los primeros números se ofrecen definiciones de diferentes conceptos (inconsciente, represión, masoquismo, sadismo, exhibicionismo, complejo, proyección, ambivalencia, afectividad, sublimación, sueños típicos, yo, super-yo, ello, empatía, hipocondría, sugestión, fobia) que provienen, mayormente, del vocabulario del psicoanálisis. Pero quizá la diferencia más importante residía en la cercanía de las lectoras con esas "heroínas" de carne y hueso: las que contestaban el cuestionario y pedían consejo de alguna manera representaban los problemas y los fantasmas presentes en la masa anónima que no escribía. Y en el relato de las pequeñas historias de vida y los dramas privados remitidos a la sección (que conocemos sólo a través de las respuestas del "Profesor") se enuncian estilos y modos de representación, rasgos de una renovada *narrativa* psicológica de alcance popular, que parecía aportar ciertos esquemas de significación para los pequeños dramas de la vida emocional en la pareja y los vínculos primarios.

Ahora bien, bajo el disfraz del "Profesor Richard Rest" se ocultaban Gino Germani y Enrique Butelman. Germani era un sociólogo y psicólogo social nacido en Italia que había emigrado muy joven a Buenos Aires; desde finales de los '50 será una figura central de la fundación académica de la sociología en nuestro país. En cuanto a Butelman, formado en filosofía y psicología, cumplirá un papel destacado en los comienzos de la carrera de psicología en la Universidad de Buenos Aires; por los años de su colaboración en *Idilio* era ya uno de los creadores y responsables de la Editorial Paidós.

Por otra parte, la revista incluía en cada número un sueño ilustrado por un fotomontaje realizado por Grete Stern, fotógrafa y artista alemana emigrada, que ha sido reconocida por su obra como una gran creadora de las artes fotográficas. Las condiciones y las circunstancias de ese encuentro inusual de Germani y Butelman con Grete Stern en esa revista ofrecen un caso ilustrativo de las relaciones novedosas que en esos años mantenían ciertos intelectuales y artistas con zonas de la cultura popular o con el periodismo masivo. Es claro que para los tres se trataba de un modo de ganarse la vida, pero mientras que Grete Stern (en una actitud que en su caso no era despreocupación sino más bien un rasgo vanguardista) no tenía reparos en firmar con su propio nombre, Germani y Butelman (confundidos bajo el pseudónimo común de Richard Rest) seguramente preferían no aparecer vinculados al género, poco prestigiado, de las revistas del corazón.

En cada entrega, entonces, se incluía la interpretación de un sueño (que estaba a cargo de Gino Germani) ilustrado por el fotomontaje, y se incluían las respuestas a las cartas de las lectoras que estaba a cargo de Butelman; en efecto, pueden apreciarse las diferencias de enfoque y de estilo entre las dos producciones. La sección, que se mantuvo por muchos años, según el testimonio de Butelman, tuvo un gran éxito. Las respuestas a las cartas casi siempre buscaban las claves del problema en la historia infantil y en muchos casos ofrecía a partir de ella una síntesis que operaba como una "construcción" que daba sentido a las dificultades y los síntomas. Por ejemplo, en el caso de Pat, "Timidez excesiva ante el hombre que ama":

"El caso es sencillo a la luz de sus experiencias infantiles. Su infancia viose siempre ensombrecida por la figura de su abuelo, terrible tirano de la casa, que prohibía toda manifestación de alegría.. Inconscientemente sigue usted a su abuelo; con otras palabras, formóse en usted un complejo que, a través de toda su vida, la hizo rehuir toda actividad regocijante.." (a.2, n.13, 18/1/49)

Por otra parte, las respuestas transmiten siempre aliento y tienden a reducir la gravedad de los problemas traídos a la consulta; en general (la diferencia es muy clara respecto del "psicoanalista" de *Viva Cien años*) el consejero tiende a promover una reducción de los sentimientos de culpa frente a los propios deseos o conflictos. Más bien permisivas frente a la expresión de la intimidad, las intervenciones exponen una moral tolerante, que admite y fomenta cierta expresión franca de la dimensión sexual en las fantasías y anhelos. En ese sentido, el valor de la sinceridad en la expresión de la propia vida interior es correlativa con los consejos que estimulan a seguir la propia vocación, independizarse de los padres, revelarse incluso (discretamente) contra las convenciones. Por ejemplo:

"Usted se halla *realmente* enamorada de ese mismo hombre de quien dice con tanta seguridad que no le interesa; el simbolismo de su sueño es muy claro a este respecto. Las frutas del árbol están maduras, muy maduras, a punto de caer; usted teme que caigan y la "ensucien". Su amor también está maduro, pero teme usted que la "ensucie". Deseche tales prejuicios. Ningún amor verdadero atenta contra la decencia, usted bien lo sabe, y la corriente de agua cristalina que en su sueño lava los frutos lo expresa maravillosamente bien" (a.1, n.2, 2/11/48).

Es claro que en ese punto el conjunto de la revista promueve los temas y las figuras de la *mujer nueva*, moderna, en busca de una identidad más activa y

emancipada; algo ha cambiado (y está cambiando) en las representaciones de la vida amorosa y las formas del cortejo y la relación entre los sexos, en particular los jóvenes.

Pero también se encuentran intervenciones más normativas y prescriptivas. En muchos casos se responde simplemente: "Ud. es una persona normal" de un modo que apunta directamente a satisfacer la demanda directa de la consultante acerca de la "normalidad" de la propia conducta o del conflicto por el que consulta. Con el mismo propósito se incluyen en la revista diversos "tests" destinados a la autoexploración de las aptitudes y la personalidad, algo que ha formado parte desde siempre de la psicología popular. Cuando hay un problema real, por ejemplo, un defecto físico, el consejo va en el sentido de señalar la búsqueda de la "compensación", de modo que el registro de la "voluntad" no está ausente. En otros casos, el "Prof. Rest" expone esa mezcla ya conocida del psicoanalista salvaje con el moralista tradicional. Por ejemplo, le arroja a una lectora desprevenida una interpretación que le señala una actitud de "protesta viril" al mismo tiempo que le recuerda que "la esencia de lo femenino" es la maternidad.

Si esa combinación de divulgación científica (sobre todo en las definiciones de términos) con respuestas de sentido común, esa mezcla de novedad y tradicionalismo, asemeja esas intervenciones a las del psicoanalista del diario *Jornada*, hay que tener en cuenta que en hay allí una orientación (y un límite) establecido por una evaluación anticipada de lo que ese público parecía capaz de absorber. Una lectora que está a punto de casarse sueña que camina entre su padre y su novio, tomada de la mano de ambos. La significación edípica se impone pero en términos de una neutralización de la dimensión propiamente sexual: "no quiere usted abandonarlo; cree que su matrimonio habrá de apartarla por completo de su padre" (a.1, n.3, 9/11/48). El consejero interviene con la evidente intención de apoyar y tranquilizar y por momentos respalda con la autoridad del experto una respuesta que, ante todo, descansa en el sentido común; y en esa función le interesa menos la profundización de la interpretación que los efectos buscados, aunque es difícil medir su eficacia. En consecuencia, el papel de la sexualidad (que, obviamente, no era desconocido por los autores) si bien no está ausente, queda en general atenuado y expuesto en términos que ponen de relieve los conflictos y los pequeños dramas del universo de las afectos. Brevemente, un freudismo socialmente aceptable exigía que la dinámica de la sexualidad fuera traducida en una *dramática de los afectos*.

En cuanto a la serie de las interpretaciones de los sueños ilustrados, se refieren siempre a "sueños típicos" resueltos por un simbolismo general y fijados en un título: el sueño de volar, de caída, de fracaso, de frutas, de puertas cerradas, de peligro, de vegetales. En principio, tanto la "clave" interpretativa como los consejos se separan de las significaciones que están presentes en los fotomontajes de G. Stern, fuertemente críticos para los ideales femeninos tradicionales. Aunque se refiere siempre al sueño particular de una lectora, en todos los casos busca reducirlo al tipo general; de modo que finalmente lo que ofrece la serie es una especie de "clave de sueños" que está mucho más cerca de las creencias populares que de la investigación psicoanalítica. Básicamente, el inconsciente posee un saber (casi premonitorio en algunos casos) que se expresa, como un mensaje cifrado, en el sueño.

El "Profesor" despliega su saber mediante un desciframiento que es una traducción exacta del significado de acuerdo con un sistema de símbolos

fijados de antemano, si bien ese significado queda asociado a algunas circunstancias de la vida de la soñante. Y aunque el descifrador onírico, cita a Jung (a.1, n.10, 28/12/48) y el estilo de interpretación simbólica, que remite a formas típicas propias de una *inconsciente colectivo*, posee alguna resonancia jungiana, no puede decirse que se base en un empleo mínimamente ajustado del pensamiento y el método del discípulo disidente de Freud. En todo caso, tal como sucedía en las respuestas a las cartas, la reducción del sueño a formas abstractas y conflictos generales se asocia con la modalidad de respuesta que evitaba las aristas más chocantes o conflictivas para las convenciones morales. El inconsciente aparece, en ese sentido, como un doble "profundo" que lo sabe todo y sus intervenciones lo muestran como un yo latente *pragmático* ya que sus mensajes casi siempre se refieren a lo que la soñante debe hacer o evitar. Y el psicoanalista viene a ser la exacta prolongación de ese inconsciente pragmático, orientado en todo caso a completar la eficacia del mensaje con el esclarecimiento y el consejo explícito. No hay lugar, entonces, para efectos críticos o ambigüedades (las que están mucho más presentes en las imágenes de Grete Stern) dado que el encuadre científico y terapéutico sirve, finalmente, a ese relieve del *consejo*, casi siempre sentimental, que se refiere a decisiones más o menos inminentes. Estos rasgos corresponden a características propias de ese "género" de la *psicología popular* que los consultorios epistolares contribuyeron a fundar y evidentemente los autores (que tenían conocimientos como para hacer otra cosa) sólo se ajustaban a esa preceptiva. De modo que finalmente la función de divulgación, que se cumplía sobre todo por la inclusión del "diccionario" breve de términos, queda reducida a un lugar secundario y derivado respecto de la respuesta directa a la consulta.

A modo de conclusión

En la incorporación del dispositivo de los "consultorios epistolares" y la difusión de un psicoanálisis popular, adecuado a las funciones del consejo psicológico o sentimental, se intersectan condiciones, objetivos y motivaciones diversas. Entre la divulgación, el periodismo de color y la narrativa sentimental, lo que se ofrece es una producción discursiva que mezcla y superpone tópicos y registros. En sus aspectos menos novedoso se ofrece como consejo médico e higiene mental, educación familiar y vulgarización psicológica y psiquiátrica. Al mismo tiempo, se implanta como un saber que anuda una relación estrecha, originaria podría decirse, con los malestares y las peripecias de la vida amorosa. Lo destacable, en esa dirección, es el surgimiento de las confesiones en torno de la felicidad erótica y la vida sexual, de un modo que, a menudo, introduce un enfoque distanciado de la concepción médico-social centrada en la higiene del matrimonio y la familia.

El psicoanálisis, en ese marco, aparece sobre todo como un saber sobre el instinto y las fuerzas interiores que escapan al control de la razón y la moral convencional. En una de sus facetas, como *ciencia de los sueños*, se abre al territorio casi fantástico del "yo profundo", un núcleo básico de la personalidad dominado por los afectos y la fuerza de motivaciones que imponen una verdad propia, singular, que sólo se revela en el curso de una narración que compromete al sujeto. Es claro, por otra parte, que el componente mayor de esa reorientación autoanalítica es la complejidad de las pulsiones amorosas y, en este sentido, el psicoanálisis se destaca como una moderna *ciencia de la sexualidad y la vida erótica*. Que la pasión del amor

suscita un retraimiento sobre sí, una interminable vuelta sobre el yo, ocupado por las ensoñaciones referidas al objeto amado, es una vieja condición particularmente reconocida, por lo menos, desde el discurso moderno sobre el amor y las pasiones. Si, como es sabido, los sueños y la sexualidad quedaron reunidos en el nacimiento de la obra freudiana, no llama la atención que en su expansión popular en Buenos Aires (como, por otra parte, en el resto de Occidente) el psicoanálisis se haya implantado sobre todo como ciencia y método de interpretación de la vida onírica y de esclarecimiento de la vida erótica.

Y si el psicoanalista popular viene, en parte, a ocupar el lugar del viejo médico higienista, puede decirse que lo más importante es que promueve condiciones distintas del lado del consultante, en el sentido de esa posición de autoindagación, de narración de sí, de búsqueda de un depositario y una escucha para el drama íntimo puesto en palabras. Aun cuando la disposición de los "especialistas" no sea particularmente receptiva para esas demandas, lo más destacable, en todo caso, es ese mayor protagonismo del consultante (limitado por el diseño propio del dispositivo periodístico) que se distingue del rol más bien pasivo del destinatario del discurso de la higiene mental. Pero es claro que no se trata de una ruptura nítida, no se produce una brusca desaparición del viejo médico sabio que aconseja desde un lugar de indiscutible autoridad: el psicoanalista pop nace dentro de la tradición divulgadora y educativa del higienismo. En todo caso lo novedoso reside en que hace su camino entre el médico higienista y el consejero sentimental, a menudo sostenido en los tópicos comunes de esos "géneros", a veces introduciendo variaciones mínimas, sin revelaciones espectaculares. Y la primera innovación, entonces, es que por esa superposición con los tópicos del higienismo los "problemas del corazón" quedan legitimados y destacados. Parece claro, por otra parte, que las demandas recibidas dan cuenta de insatisfacciones y aspiraciones de cambio a nivel individual, relacionadas a situaciones de la vida íntima, sobre todo amorosa; tienen en común un desplazamiento a la *interioridad*: el "yo" y sus componentes (deseos, anhelos, frustraciones) tiende a ser constituido en un polo de referencia central en la significación de la propia acción. En este terreno, se otorga un valor creciente a una idea *expresiva* de sí mismo, a un cierto ideal de *autenticidad* que reside en las profundidades del alma: se trata de ser uno mismo, tener una personalidad propia, aportar un sello, una marca personal a lo que se hace y lo que se es. Y las cartas sostienen, en esta dimensión, una demanda de reconocimiento que es del orden de la revelación de sí, incluso de lo misterioso o lo menos aceptable; algo que se pone particularmente en evidencia en el relato de los sueños. Al mismo tiempo, esa novedosa exploración del mundo interno no concebía al yo de una sola manera; y no eludía una consideración psicológica de sus facetas *utilitarias*: el éxito y la afirmación frente a los demás; del "yo" íntimo al *carácter* exhibido se despliega una trama a la vez individual y social de relaciones y papeles, de temores y anhelos. El resultado es un espacio de identidad psicológica atravesado por tensiones. De un lado, la formación de la voluntad orientada al éxito según parámetros sociales; del otro, el despliegue expresivo, la revelación de sí mismo en las profundidades de un yo emocional en el que, sin embargo, no dejan de refractarse valores y aspiraciones de la socialidad burguesa.

Ahora bien, como ha sido señalado, esas demandas, que en principio *fundan* el género, nacen de un público básicamente femenino, algo que es muy explícito en el caso de *Idilio* (que ofrece las fuentes más extensas y más

prolongadas) ya que es una revista creada para la mujer. Se hace necesario, entonces, abordar las características y las condiciones de esa *feminización* de la consulta popular al psicoanalista. En principio, ese repliegue sobre la intimidad se refiere sobre todo a los rasgos (y aspiraciones) de un yo *femenino* que aparece volcado sobre el plano de una realización emocional "interna", de un modo que expone un perfil más complejo de las ideas y autopercepciones de la mujer y su posición en la familia y la sociedad. Parece evidente que interviene un proceso de más largo alcance que pone en crisis los lugares y las representaciones tradicionales de la familia: ese movimiento de cambios en las significaciones de la familia y el individuo, el cuerpo, la sexualidad y la existencia afectiva, constituye el zócalo de esa implantación de un freudismo popularizado que queda situado como un saber específico (una versión a la vez moderna y eficaz de la vieja psicología) y capaz de ofrecer alguna iluminación sobre las *crisis de la vida íntima*.

Vale la pena destacar que la difusión de un psicoanálisis popular produce efectos que son, en principio, ambiguos; de modo que es preciso precaverse de la tentación de atribuirle un sentido único, sea en la dirección de la "emancipación", sea en la del "disciplinamiento" femeninos. En efecto, en las significaciones diversas que se anudan en las figuras de la mujer se reúnen tanto lo viejo como lo nuevo de la popularización del freudismo. Y las significaciones tradicionales de las obligaciones domésticas (refugio afectivo del esposo, educación primaria y crianza de los hijos) quedan extrañamente superpuestas con las representaciones del infortunio amoroso y la matriz, en sí misma poco novedosa, del "consultorio sentimental". Es claro que, en una de sus facetas (y esto es explícito en el psicoanalista de *Viva Cien años*) esa expansión hacia el público femenino se propone como una "higiene" psicológica y moral que sería la exacta extensión de la medicina mental sobre los viejos problemas de la mujer en la familia, el matrimonio y las obligaciones de la crianza. Y sin embargo, no es seguro que los efectos de ese discurso, que al mismo tiempo destacaba la importancia del carácter y los afectos, fueran exactamente los buscados. Los usos del psicoanálisis plebeyo, en ese sentido, parecen operar efectos heterogéneos, a partir de esas demandas diversas que en el mejor de los casos se extienden a una posición de autoindagación y enunciación de sí. Es claro que esa "vuelta sobre sí mismo" puede referirse a diversos tópicos y experiencias, entre el núcleo de las *obligaciones domésticas* (que destacan el papel del saber psicoanalítico en la "modernización" de las funciones de crianza) y el de las *aventuras del deseo amoroso*. Al mismo tiempo, no puede desconocerse un uso que alimenta la inteligencia, que comienza por la implantación de un *vocabulario* y promueve la obligación (como decía George Dumas) de conocerse como una condición del conocimiento y la acción eficaz en el mundo humano.

Ahora bien, si el nacimiento de la *familia psicológica* se corresponde con el estrechamiento sobre el triángulo básico padre-madre-hijo, la intensificación de los afectos y el relieve de la personalidad y los motivaciones individuales, el lugar del *niño* resulta fundamental. Y en el personaje infantil (que siempre encarna una promesa hacia su futuro de adulto), en su encarnación moderna al menos, coexisten en tensión la criatura que debe ser disciplinada y coaccionada y el *sujeto primario* de deseo que encarna, simboliza podría decirse, ese yo profundo que busca revelarse en algunas de las confesiones dirigidas al consultorio epistolar. Es claro que entre las imágenes del niño y las figuras de mujer se trazan relaciones y equivalencias. El niño es el centro de una literatura sobre la crianza que, como es sabido, se constituyó en una de las vías más importantes de la recepción y la difusión de

la psicología popular en Occidente. En ese sentido, cierto freudismo de masas encuentra su lugar en la ampliación y la proliferación de la célula básica madre-hijo. Pero el infante es también el sostén de ese “niño fabuloso”, pequeño mito fundamental de la narrativa psicoanalítica sobre los vínculos tempranos, el Edipo, la castración y todo lo demás: es el “niño interno” que pervive en el centro mismo del yo profundo. De modo que, como ha sido señalado por Christopher Lasch, si en la concepción tradicional el niño era pensado desde el adulto, como el germen de un adulto, en la nueva *cultura terapéutica* que el psicoanálisis contribuye a implantar en el mundo contemporáneo, es el adulto el que tiende a ser concebido como un *niño latente*. Como sea, en la vieja asociación de la madre al hijo las representaciones de la mujer reciben el peso de la hiperemocionalidad (la *hiperpsicología*, podría decirse) que van a cargar el imaginario del deseo femenino, más cerca de ese fondo infantil de pulsiones más o menos ingobernables, que nunca queda del todo atrás, y que es el sostén último de la identidad profunda del yo.

Brevemente, entonces, si hay un espacio de significación para un *inconsciente popular*, reducto de pulsiones y deseos que giran en torno de la sexualidad, ese inconsciente es a la vez *infantil y femenino*. Y el rasgo distintivo del deslizamiento a la posición femenina (que obviamente puede ser ocupada por un hombre) reside en el imaginario de la pasión amorosa, que encontraría su expresión plena en la sexualidad de la mujer. Por otra parte, también la literatura sexológica (una de las vías fundamentales de recepción del freudismo) se refiere al deseo sexual —representación de la pasión en su puro carácter, a la vez imaginario e ingobernable, que se impone sobre los límites de lo real— como un atributo de la mujer, puro sujeto de deseo y de imaginación.

Finalmente, si ese lugar de demanda que revela el dispositivo del consultorio epistolar es decididamente femenino, en lo que no aparece (la vida social, el trabajo y la creciente exposición de la mujer en lugares tradicionalmente masculinos) se pueden conjeturar las condiciones más generales: la crisis de los lugares tradicionales. Y si diversas figuras de mujer (madre preocupada, novia perpleja o esposa en crisis, enamorada o soñadora sentimental) dominan la recepción popular del psicoanálisis, en los mismos tópicos coexisten los viejos temas (el mundo real de la mujer se reduce a los hijos y el hogar; su mundo imaginario se abre a la interminable ensoñación amorosa) con los signos, incipientes, de una posición nueva en la pareja; algo que no puede separarse de los indicadores de creciente emancipación social y de los cambios culturales que acompañan el nacimiento de las representaciones de la *mujer moderna*. La prensa (el propio diario *Crítica*), las nuevas revistas y, sobre todo, el cine de Hollywood cumplían en ese sentido un papel muy destacado en la implantación cultural, de masas, de un nuevo estilo de feminidad.

En todo caso, esa “feminización” del consultante aparece como un rasgo estructural en la divulgación popular desde los ‘30 a los ‘50 (aun cuando en algunos casos son hombres los que ofrecen su confesión) y ofrece un punto de mira importante para un análisis del *boom* del psicoanálisis en la cultura que se producirá en los ‘60; en especial a través de la masiva presencia femenina en la carrera de psicología. Y si hay que ver en esas confesiones y demandas, en las que afloraba el deseo tanto como la represión, los albores de la “revolución sexual” en la Argentina, lo menos que puede decirse es que sus alcances parecen bastante módicos. Finalmente, lo

que las fuentes exploradas sacan a luz es la mezcla, la coexistencia de viejos y nuevos valores y actitudes. En todo caso, ese espacio de confluencia de las obligaciones hacia los hijos y el matrimonio, los malestares de la vida erótica y la escena de los impulsos inconsciente, se convierte en un terreno de manifestación de una crisis cultural más amplia que se extiende desde bastante antes y que seguirá produciendo sus efectos hacia los años '60.

Bibliografía

- Adorno, Theodor; Horkheimer, Max, *Dialéctica del Iluminismo* (1944), Buenos Aires, Sur, 1970.
- Argentieri, Simona; Saporì, Alvise, *Freud A Hollywood*, Torino, Nuova ERI, 1988.
- Bazano Nelson, Florencia, *Grete Stern's Photomontages*", mimeo, 1996.
- Béjar, Helena, *El ámbito íntimo. Privacidad. Individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza, 1988.
- Demos, John , "Oedipus and America: Historical Perspectives on the Reception of Psychoanalysis in the United States", en Joel Pfister & Nancy Schnog (eds.), *Inventing the Psychological. Toward e Cultural History of Emotional Life in America*, New Haven and London, Yale University Press, 1997.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber* , México, Siglo XXI, 1977.
- Ingenieros, José, *Principios de Psicología*, Buenos Aires, L.J.Rosso, 1919. *Tratado del amor* (1925), Buenos Aires, Elmer Editor, 1956.
- Lash, Christopher, *The culture of Narcissism: American Life in the Age of Dismising Expectation*, N.York, Norton, 1978. *The New Radicalism in America: The Intellectual as Social Type*, N.York, Knopf, 1965
- Lowry, Richard S., "Domestic Interiors: Boyhood Nostalgia and Affective Labor in the Gilded Age", en Joel Pfister & Nancy Schnog (eds.), op. cit.
- Mitscherlich, Alexander, *Vers la société sans pères* (1963), Paris, Gallimard, 1969.
- Moscovici, Serge, *El psicoanálisis, su imagen y su público* (1961), Buenos Aires, Huemul, 1979.
- Pfister, Joel, "Glamorizing the Psychological: The Politics of the Performances of Modern Psychological Identities", en Joel Pfister & Nancy Schnog (eds.), op. cit.
- Plotkin, Mariano, "Tell Me Your Dreams: Psychoanalysis and Popular Culture. Buenos Aires ca.1930-ca.1950", *The Americas*, en prensa, 1999.
- Priamo, Luis, "Los sueños de Grete Stern", en *Grete Stern*, Valencia, IVAM, Instituto Valenciano de Arte Moderno, 1995.
- Rieff, Philip, *The Triumph of the Therapeutic. Uses of Faith after Freud*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987.
- Riesman, David, *La muchedumbre solitaria*, Buenos Aires, Paidós, 1964.
- Roffo, Analía, "Enrique Butelman, o ese destino maldito de amar los libros", entrevista publicada en *Tiempo Argentino*, 9/10/83.

- Saítta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985.
- Stern, Grete, "Apuntes sobre fotomontaje", en *Grete Stern*, op. cit.
- Sennett, Richard, *El declive del hombre público*, Barcelona, Península, 1978.
- Starobinsky, Jean, "Freud, Breton, Myers"; "La enfermedad como infortunio de la imaginación", en *La relación crítica*, Madrid, Taurus, 1974.
- Torre, Valeria Alejandra, "Freud y el psicoanálisis bajo la óptica de *Jornada*", *Informe de Horas Investigación*, Fac. Psicología, UBA, 1995.
- Vezzetti, Hugo, "Viva cien años: algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina", *Punto de Vista*, n.27, agosto de 1986. *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- Vincent, Gérard, "¿Una historia del secreto?", en Ph. Ariès y G. Duby, *Historia de la vida privada*, t.9, Buenos Aires, Taurus, 1990.

Fuente:

Vezzetti Hugo: "Las promesas del psicoanálisis en la cultura de masas", en *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999, tomo 3.